El amor
a través de
un espejo
Salvador Rangel Abud
DOROTEA
MÉDIUM
LECTURA DEL ALMA
COMUNICACIÓN CON
SERES QUERIDOS
Siempre estaré
contigo, Pepita,
como las estrellas
están en
el cielo.

EL AMOR A TRAVÉS DE UN ESPEJO

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Pepita tiene seis años cuando su abuelo Mario muere de manera repentina. Una noche, mientras está a punto de dormir, escucha su voz: cálida, reconocible, diciéndole que no esté triste, que siempre estará a su lado. La voz proviene de un pequeño espejo de plata que su madre le regaló sin saber lo que ese objeto guardaba.

Lo que sigue es el descubrimiento de un puente entre dos mundos, una investigación que lleva hasta un viejo bazar de Guanajuato y hasta el recuerdo de una legendaria médium llamada Dorotea, y sobre todo, la historia de cómo una familia aprende a despedirse cuando todavía hay amor pendiente por decir.

Muchos años después, convertida en madre, Pepita reconoce en su propio hijo las mismas señales que ella tuvo de niña, y comprende que ha llegado el momento de contar esta historia, de principio a fin, y de entregar el espejo a quien le toca ahora.

Una novela sobre el duelo, la memoria y las formas en que el amor encuentra caminos para quedarse, contada con la voz cercana de quien vivió todo desde adentro.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela aborda la muerte de un ser querido y el proceso de duelo infantil y familiar con honestidad y cercanía, sin escenas de violencia ni contenido perturbador. El tratamiento del tema es delicado pero directo, pensado para acompañar a lectores que estén pasando o hayan pasado por una pérdida. Apta para toda la familia.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. Es autor de más de doscientas dos novelas publicadas. Su sensibilidad hacia los procesos de duelo y sanación, presente en buena parte de su obra, encuentra en esta historia una de sus expresiones más entrañables.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El amor a través de un espejo

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Fantasía mística / Novela familiar

Público sugerido: Lectores de 10 a 15 años, y familias

Estructura: Prólogo + 10 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 11,000 palabras

Correo de contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta sencilla: ¿qué pasa con el amor cuando alguien a quien queremos ya no está? No quise responder esa pregunta con explicaciones complicadas, sino con una historia que un niño o una niña pudiera leer y sentir como propia, sin que nadie le hablara desde arriba ni le suavizara las cosas más de la cuenta.

Pepita tiene seis años al inicio de la historia, pero la cuenta siendo adulta, a sus propios hijos. Esa distancia me permitió escribir sobre la muerte y el duelo con la ternura de quien ya sanó, pero sin restarle verdad a lo que sintió cuando era niña.

Espero que esta historia acompañe a quien la necesite, y que las estrellas, después de leerla, se vean un poco distintas.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite su distribución y reproducción no comercial siempre que se cite al autor y no se realicen obras derivadas sin autorización expresa. Para usos comerciales o adaptaciones, contactar al autor en wrangel.1352@gmail.com.

PALABRAS CLAVE

fantasía mística, duelo infantil, literatura familiar, Guanajuato, espejo mágico, abuelos, pérdida, sanación, médium, memoria familiar, narrador adulto, infancia, amor y pérdida, literatura para jóvenes, México

---

TEMAS PRINCIPALES

La novela explora el duelo desde la mirada de una niña pequeña y desde la mirada de una madre adulta, mostrando cómo cada edad necesita su propio tiempo y su propia forma de despedirse. Aborda la diferencia entre extrañar y quedarse atrapado en la ausencia, la importancia de decir lo que queda pendiente, y la idea de que el amor entre generaciones se transforma pero no desaparece. También reflexiona, sin solemnidad, sobre la magia como puente entre lo que se puede explicar y lo que solo se puede sentir.

CITAS DESTACADAS

"Siempre estaré contigo, Pepita, como las estrellas están en el cielo."

"Extrañar es solo amor que no sabe muy bien dónde ponerse por un tiempo. Con el tiempo va a encontrar su lugar."

"El amor no se va a ningún lado. Solo cambia de forma."

"El espejo elige, y no siempre tiene que elegir."

COMPARACIONES LITERARIAS

El amor a través de un espejo dialoga con la tradición de la literatura infantil y juvenil latinoamericana que aborda la muerte sin rodeos pero con calidez, en la línea de autores como María Teresa Andruetto o Francisco Hinojosa. El recurso del objeto mágico como puente emocional recuerda a clásicos como El árbol generoso de Shel Silverstein en su sencillez profunda, mientras que la estructura de marco narrativo, con una voz adulta que mira hacia su propia infancia, evoca el tono íntimo de Como agua para chocolate, aunque dirigido a un público mucho más joven.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Por qué crees que el espejo solo respondía a Pepita y no a su mamá al principio?

¿Qué significa la frase "extrañar es amor que no sabe muy bien dónde ponerse"? ¿Has sentido algo parecido alguna vez?

¿Por qué crees que el abuelo Mario decide que el puente debe cerrarse, en lugar de quedarse abierto para siempre?

Si tuvieras un espejo como el de Pepita, ¿qué le preguntarías a alguien que ya no está?

¿De qué otras formas, distintas a un espejo mágico, crees que el amor por alguien que ya no está puede seguir presente en la vida de las personas?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, S. (2025). *El amor a través de un espejo*. Publicación independiente. Contacto: wrangel.1352@gmail.com. Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de una extensa obra narrativa que incluye, entre sus proyectos más recientes: *El Monstruo de Liverpool. El Escultor del Dolor*, thriller psicológico sobre una periodista que entrevista durante meses a un asesino en serie para entender el origen de sus crímenes; *Efecto Medusa. El Protocolo Wrangel*, eco-thriller político sobre un

descubrimiento científico en el Ártico que desata un conflicto geopolítico; y *Gonzalo y la voz del corazón*, novela narrada por un psicólogo que acompaña a su primo a través de las páginas de un diario.

MENSAJE FINAL

Si alguna vez perdiste a alguien que querías mucho, espero que esta historia te recuerde algo importante: que el cariño que sentías no se fue a ningún lado. Solo está aprendiendo, como tú, a encontrar una nueva forma de quedarse.

Y si todavía no has perdido a nadie, espero que cuando llegue ese momento, que ojalá sea dentro de mucho tiempo, recuerdes esta historia y sepas que está bien extrañar, está bien estar triste, y también está bien, poco a poco, volver a sonreír.

Las estrellas siguen ahí. De día y de noche.

Solo hay que aprender a verlas.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El cajón cerrado
CAPÍTULO 1: El abuelo Mario
CAPÍTULO 2: La noticia
CAPÍTULO 3: La voz en el espejo
CAPÍTULO 4: La niña que volvió a sonreír
CAPÍTULO 5: "El abuelo volvió"
CAPÍTULO 6: El doctor de la mente
CAPÍTULO 7: La frase de las estrellas
CAPÍTULO 8: El bazar de Guanajuato
CAPÍTULO 9: El puente de los que se extrañan
CAPÍTULO 10: La promesa de Mario
EPÍLOGO: El espejo continúa

EL AMOR A TRAVÉS DE UN ESPEJO

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El cajón cerrado

Hay cosas que uno guarda en un cajón y no vuelve a abrir durante años. No porque las haya olvidado, sino porque sabe exactamente lo que hay adentro y necesita que permanezcan ahí, quietas, hasta que llegue el momento correcto de sacarlas.

Yo tenía un cajón así.

Estaba en mi cuarto, en la parte de abajo del buró, detrás de algunas cajas con fotos y papeles viejos que nadie tocaba. No tenía llave. No la necesitaba. Nadie en esta casa lo abría porque nadie sabía lo que contenía, excepto yo.

Adentro había un espejo pequeño, de mano, con el marco de plata un poco oscurecida por el tiempo. Envuelto en un pañuelo bordado que olía a lavanda y a algo más, algo que no sé cómo describir, algo que olía a otro tiempo.

Lo guardé ahí hace muchos años, cuando entendí que ya había cumplido su propósito. O al menos eso creí entonces.

Pero hace unos días, mientras los observaba a ustedes dos en la cena, noté algo que me heló el corazón de una manera extraña. No de miedo exactamente. De reconocimiento. Como cuando ves en otra persona algo que tú mismo viviste hace mucho y creías que ya solo existía en tu memoria.

Tu hermano menor llevaba tres días hablando solo.

No de manera alarmante, no en voz alta ni de forma que asustara a nadie. Solo esos murmullos que uno hace cuando está pensando en algo y las palabras se le escapan sin querer. Esas sonrisas que aparecen de la nada, sin que haya nada gracioso a la vista. Esa serenidad rara, improbable, en alguien que acaba de perder a alguien que quería.

Yo lo conozco bien a él. Y esa serenidad no es tristeza disfrazada ni evasión. Es otra cosa.

Es exactamente lo mismo que yo tenía a los seis años, cuando el abuelo Mario murió.

Esa noche, cuando ustedes ya dormían, abrí el cajón por primera vez en no sé cuántos años. Saqué el espejo con cuidado, lo desenvolví despacio, y me quedé mirándolo un buen rato ahí sentada en la oscuridad, con el corazón latiendo fuerte.

No escuché nada. El espejo estaba en silencio, como ha estado todo este tiempo.

Pero supe, con una certeza que no puedo explicar de otra forma que no sea diciéndoles que a veces uno simplemente sabe, que había llegado el momento de contarles esta historia. Toda la historia, desde el principio, sin saltarme las partes raras ni las que me costó entender.

No es un cuento. Quiero que quede eso muy claro antes de que empiece.

Es algo que me pasó a mí, de verdad, cuando tenía seis años. Algo que durante mucho tiempo no le conté a casi nadie porque sabía que la mayoría de las personas iban a dudar, a buscarle una explicación lógica, a decirme que los niños tienen mucha imaginación. Y puede ser que tengan razón en otras circunstancias. Pero no en esta.

Lo que les voy a contar ocurrió.

No tengo forma de demostrarlo. No tengo grabaciones ni evidencias ni nada que pueda ponerse bajo un microscopio. Solo tengo la memoria de una niña de seis años que un día escuchó la voz de su abuelo muerto en un espejo de plata, y la memoria de su madre, que escuchó algo todavía más difícil de explicar.

Y tengo este espejo, que sigue aquí, que nunca tiré ni regalé ni guardé en ningún otro lugar, porque algo en mí supo siempre que tarde o temprano iba a necesitarlo de nuevo.

Creo que ese momento es ahora.

Así que pónganse cómodos. Esto va a tomar un rato.

Yo tenía seis años cuando el abuelo Mario murió. Y fue entonces cuando empezó todo.

CAPÍTULO 1

El abuelo Mario

Casa de campo, Guanajuato

Para que entiendan bien lo que pasó, primero tienen que conocer al abuelo Mario.

No al Mario de las fotografías que están en el librero de la sala, ese señor serio con camisa de cuadros que parece que nunca se rio en su vida. Esas fotos mienten, como mienten casi todas las fotos de los adultos cuando saben que les están tomando una. El abuelo Mario real era completamente diferente.

Era un hombre que olía a tierra mojada y a café negro. Tenía las manos grandes y ásperas de tanto trabajar la casa de campo, y una risa que se escuchaba desde el otro extremo del patio. Cuando se reía de verdad, que era seguido, cerraba los ojos y echaba la cabeza hacia atrás como si la risa fuera tan grande que no le cabía en la cara.

Me enseñó a distinguir la Osa Mayor de la Osa Menor. Me enseñó que si uno pone la oreja en el tronco de un árbol viejo, a veces puede escuchar algo parecido a un latido, aunque no sé si eso es verdad o si él se lo inventaba para entretenerme. Me enseñó que los grillos cantan más rápido cuando hace calor y más despacio cuando refresca, y que si uno aprende a escucharlos puede saber la temperatura sin necesitar ningún termómetro.

También me enseñó a hacer aviones de papel que de verdad volaban, a distinguir las nubes de lluvia de las nubes de adorno, y a comer sandía sin hacer tanto desastre, aunque en ese último punto nunca tuve mucho éxito.

Pasábamos las tardes juntos en la casa de campo cada vez que mis padres me llevaban a visitarlo, que era seguido porque quedaba a menos de una hora de la ciudad y a mi mamá le gustaba estar cerca de él. Yo esperaba esos días desde el lunes. Me levantaba temprano, metía mi mochila con lo que consideraba esencial, que generalmente incluía mis colores, tres libros que nunca terminaba de leer, y algún tesoro que hubiera recogido durante la semana y que quería mostrarle.

El abuelo Mario siempre fingía que los tesoros eran impresionantes, aunque fueran una piedra bonita o una pluma de pájaro o una corcholata aplastada que brillaba mucho. Nunca me dijo que una piedra era solo una piedra. Eso es algo que le agradezco todavía.

Había una frase que me decía siempre, en distintos momentos y por distintas razones. A veces me la decía cuando yo tenía miedo de algo, a veces cuando estaba triste, a veces simplemente porque sí, porque le salía decirla mientras mirábamos las estrellas desde el patio en las noches que nos quedábamos a dormir allá.

La frase era esta: "Siempre estaré contigo, Pepita, como las estrellas están en el cielo."

Yo tenía seis años y no entendía del todo lo que eso significaba. Las estrellas estaban en el cielo, eso era obvio. Y el abuelo Mario estaba

conmigo, eso también era obvio. No veía por qué había que comparar las dos cosas. Pero me gustaba cómo sonaba, y me gustaba más todavía la forma en que él lo decía, con esa voz suave que tenía cuando hablaba en serio.

Ahora sé que esa frase era más importante de lo que yo creía entonces.

La última tarde que estuve con él fue un jueves de octubre. Hacía ese calor raro que a veces hay en Guanajuato cuando el verano no quiere terminar, y yo estaba en el patio dibujando con mis colores sobre una hoja grande de papel manila. Dibujaba a los dos, él y yo, parados bajo un cielo lleno de estrellas aunque afuera todavía hubiera sol. Las estrella las dibujé amarillas porque no tenía color dorado.

El abuelo salió de la casa con su sombrero de trabajo y me dijo que iba a subir un momento a la azotea a revisar una gotera que llevaba días haciéndose más grande.

—¿Cuánto tardas? —le pregunté sin levantar la vista del dibujo.

—Nada —dijo—. En un rato bajo y me muestras lo que estás haciendo.

—Te estoy dibujando a ti —le dije.

Se rio con esa risa suya, la de los ojos cerrados y la cabeza hacia atrás.

—Entonces apúrate —dijo—, que no quiero perderme cómo quedé.

Subió.

Yo seguí dibujando.

Nunca bajó a ver el dibujo.

No quiero contarles los detalles de lo que pasó después porque no es la parte importante de esta historia, y además algunos de esos recuerdos todavía me pesan aunque hayan pasado tantos años. Lo que importa es lo que vino después, que es lo que de verdad les quiero contar.

Lo que sí les digo es esto: ese dibujo lo guardé mucho tiempo. Las estrellas amarillas y él con su sombrero de trabajo y yo con mis colores en la mano, los dos bajo un cielo que dibujé sin saber todavía que esa tarde iba a ser la última.

A veces pienso que las cosas importantes dejan señales antes de ocurrir, solo que uno no sabe leerlas hasta después.

CAPÍTULO 2

La noticia

Casa de campo / casa familiar, Guanajuato

Cuando alguien muere, los adultos hacen cosas raras.

Se juntan en grupos y hablan en voz baja, como si el silencio fuera una regla que hay que respetar aunque nadie la haya escrito en ningún lado. Lloran en momentos inesperados, a veces en medio de una conversación

normal, a veces simplemente mirando la ventana. Reciben visitas de personas que uno no conoce y que de repente están en la cocina preparando comida o acomodando flores en jarrones que aparecieron de la nada. Y cuando un niño les hace una pregunta directa, se miran entre ellos antes de responder, como si necesitaran ponerse de acuerdo sobre cuánto de la verdad es conveniente decir.

Yo tenía seis años y no entendía muy bien la muerte. O sí la entendía, pero de una manera diferente a como la entienden los adultos. Sabía que significaba que una persona ya no estaba. Que no iba a regresar. Que el lugar donde siempre había estado iba a quedar vacío. Eso lo entendía.

Lo que no entendía era para siempre.

Para siempre es una idea muy grande para una niña de seis años. Demasiado grande para que quepa completa en la cabeza de una sola vez. Uno la escucha, la procesa un momento, y luego la mente hace algo muy inteligente: la empuja hacia un lado y sigue adelante, porque si uno se quedara pensando en para siempre todo el tiempo, no podría hacer nada más.

Así que yo preguntaba. Preguntaba mucho, y seguido, y con la misma pregunta de distintas formas.

¿Cuándo va a volver el abuelo?

Mi papá me explicó que el abuelo había tenido un accidente muy grave y que su cuerpo ya no podía seguir funcionando. Que se había ido a un lugar donde ya no le dolía nada y donde estaba bien. Que no iba a volver, pero que siempre iba a estar en nuestros corazones.

Eso último no me ayudó mucho. Yo no quería que estuviera en mi corazón de manera abstracta. Quería que bajara de la azotea y viniera a ver mi dibujo de las estrellas amarillas.

Mi mamá lloraba más de lo que yo la había visto llorar en toda mi vida, y eso me asustaba más que cualquier explicación sobre la muerte. Mi mamá era una persona que resolvía problemas. Cuando yo me caía y me lastimaba, ella aparecía con una curita y una explicación tranquilizadora. Cuando había tormentas de las que daban miedo, ella encendía una lámpara extra y ponía música. Verla llorar sin que nadie le pusiera una curita a ella era desconcertante.

Después entendí que el abuelo Mario era su papá. Que ella lo perdió exactamente igual que yo, solo que con más años encima para entender mejor lo que para siempre realmente significaba. Y eso, pensándolo ahora, debió haber sido mucho más pesado.

Pero en ese momento yo solo veía que mi mamá lloraba y que nadie podía explicarme la ausencia del abuelo de una manera que me convenciera completamente.

Pasaron días extraños. La casa de campo quedó cerrada por un tiempo. Los adultos seguían hablando en voz baja y recibiendo visitas. Yo iba a la

escuela y volvía y la vida seguía teniendo la misma forma de siempre por fuera, pero por dentro había un hueco que no sabía cómo llenar.

Extrañar a alguien es raro. No duele como cuando uno se golpea una rodilla, que es un dolor que tiene un lugar exacto y que uno puede señalar con el dedo. Extrañar es más parecido a buscar algo que sabes que debería estar en un cajón y no está, y abrir el cajón una y otra vez esperando que aparezca aunque sepas que no va a aparecer.

Yo abría ese cajón muchas veces al día.

Fue durante esas semanas que mi mamá me trajo el espejo.

No lo compró pensando en nada especial. Me lo contó después, cuando ya todo había pasado y podíamos hablar de esas cosas sin que se nos quebrara la voz. Fue a un bazar del centro de Guanajuato, de esos donde venden cosas viejas que tienen historia aunque uno no sepa cuál, y lo vio en una repisa entre otras chucherías. Le pareció bonito, con el marco de plata y el tamaño justo para que una niña lo cargara. Pensó que quizás me animaría un poco tener algo propio, algo bonito, algo que fuera mío.

Me lo dio una tarde sin hacer gran ceremonia. Me dijo que era para peinarme antes de ir a la escuela, que últimamente andaba con el pelo hecho un desastre.

Yo lo tomé, lo miré, vi mi propio reflejo, y lo guardé en el buró de mi cuarto sin pensar demasiado en él.

Esa noche, cuando me fui a acostar, el espejo estaba sobre el buró a mi lado. Me quedé mirándolo en la oscuridad, como uno mira los objetos que están cerca cuando no puede dormirse y la mente no encuentra dónde posarse.

Pensé en el abuelo Mario.

Pensé en las estrellas amarillas del dibujo.

Pensé en su risa y en el olor a tierra mojada y en las manos grandes y ásperas que me cargaban cuando yo era más chica.

Y entonces escuché su voz.

CAPÍTULO 3

La voz en el espejo

Habitación de Pepita

No era un sonido vago ni confuso ni de esos que uno duda si escuchó o se imaginó.

Era su voz. La voz del abuelo Mario, con esa cadencia particular que tenía, ese tono que bajaba un poco al final de cada frase como si cada cosa que decía terminara en punto y aparte. La reconocí de inmediato, igual que uno reconoce la voz de alguien que ha escuchado toda su vida sin necesitar que se identifique.

Lo primero que sentí fue un susto tan grande que me quedé completamente quieta, sin respirar, con los ojos fijos en el techo. El corazón me latía muy fuerte y muy rápido, de esa manera en que late cuando uno sabe que algo importante está pasando y el cuerpo lo siente antes de que la mente lo procese.

Luego, despacio, giré la cabeza hacia el espejo.

Estaba ahí, en el buró, exactamente donde lo había dejado. La plata del marco brillaba un poco con la poca luz que entraba por debajo de la puerta. Mi reflejo no se veía, la habitación estaba demasiado oscura para eso. Solo el marco y el vidrio y el silencio de los siguientes segundos mientras yo esperaba, sin saber muy bien qué esperaba.

—No estés triste, Pepita.

Ahí estaba otra vez. Clara, cercana, inconfundible.

Me senté en la cama de golpe. Me acerqué al espejo con la precaución de quien se acerca a algo que no entiende pero que tampoco quiere espantar. Lo tomé con las dos manos y lo sostuve frente a mi cara.

—¿Abuelo? —dije, en un susurro tan bajito que casi no lo escuché yo misma.

—Aquí estoy —dijo él.

Y eso fue todo lo que necesité.

Ahora, contándoles esto a ustedes, que ya tienen la edad suficiente para hacerse preguntas complicadas, sé que probablemente están pensando varias cosas al mismo tiempo. Que si era de noche y yo acababa de perder a alguien que quería mucho, quizás me lo imaginé. Que el cerebro hace cosas extrañas cuando está triste o asustado o cansado. Que una niña de seis años que extraña a su abuelo puede convencerse de escuchar lo que quiere escuchar.

Entiendo esas dudas. Son razonables.

Pero yo estaba ahí, y ustedes no. Y lo que escuché esa noche no tenía la textura de las cosas imaginadas. Las cosas imaginadas tienen una calidad diferente, más borrosa, más dependiente de lo que uno quiere que sean. Lo que escuché era nítido y preciso y decía cosas que yo no habría sabido inventar.

Lo que siguió fue una conversación larga para ser las once de la noche con una niña de seis años que debería estar dormida.

El abuelo me preguntó cómo estaba. Le dije que mal, que lo extrañaba mucho y que nadie podía explicarme bien lo que había pasado. Me dijo que entendía, que era difícil, pero que no quería que me quedara con esa tristeza porque él estaba bien y quería que yo también lo estuviera. Le pregunté dónde estaba. Me dijo que en un lugar donde no podía explicarme muy bien cómo era, pero que no me preocupara, que no le faltaba nada y que no estaba solo.

Le pregunté si podía volver a casa de campo.

Me dijo que no de esa manera, pero que podía estar conmigo de otra.

—¿A través del espejo? —pregunté.

—A través del espejo —confirmó.

Para una niña de seis años, eso era suficientemente bueno. Más que suficientemente bueno, en realidad. Era exactamente lo que necesitaba escuchar.

No le tuve miedo después de eso. Sé que suena extraño, que uno esperaría que una conversación con la voz de un muerto en un espejo a las once de la noche produjera algún tipo de terror. Pero no fue así. Fue como cuando uno está en un lugar oscuro y desconocido y de repente encuentra un interruptor de luz: el alivio es tan grande que no queda espacio para el miedo.

Estuvimos hablando hasta que el sueño me ganó. El abuelo me dijo que me durmiera, que mañana tendríamos más tiempo. Le dije que sí pero que lo iba a llevar conmigo a todas partes. Se río, con esa risa que yo reconocería en cualquier lugar del mundo, y me dijo que estaba bien.

Puse el espejo sobre mi pecho, como si fuera un escudo pequeño o un amuleto o simplemente algo que no quería soltar, y me quedé dormida.

A la mañana siguiente me desperté antes que todos en la casa. Me senté en la cama, tomé el espejo y dije buenos días en voz muy baja. El abuelo me respondió buenos días. Le pregunté si había dormido. Me dijo que en su nuevo lugar las cosas funcionaban diferente, que no necesitaba dormir de la misma manera, pero que había estado tranquilo toda la noche.

Me pareció bien.

Me peiné frente al espejo, como mi mamá quería que hiciera, y mientras lo hacía el abuelo me preguntó cómo estaba el tiempo afuera. Le dije que nublado pero que no parecía que fuera a llover. Me dijo que bien, que las nubes de la mañana en Guanajuato a veces se iban antes del mediodía.

Era una conversación completamente normal.

Eso fue lo que más me gustó de todo: que podíamos tener conversaciones completamente normales. Sobre el tiempo, sobre lo que iba a desayunar, sobre lo que tenía que hacer en la escuela. El abuelo Mario seguía siendo el abuelo Mario, con las mismas preguntas de siempre y el mismo interés genuino en los detalles pequeños de mi vida que siempre había tenido.

La única diferencia era que ahora vivía en un espejo.

Para mí, en ese momento, eso era un detalle menor.

Bajé a desayunar con el espejo guardado en el bolsillo de mi bata, y por primera vez en semanas me senté a la mesa sin ese hueco en el pecho que me había acompañado todos los días desde el accidente.

Mi mamá me miró con una expresión rara cuando me vio sonreír sobre el tazón de cereal.

Yo no le expliqué nada todavía. Algunas cosas son demasiado buenas para contarlas de inmediato. Uno necesita guardarlas un rato, disfrutarlas en privado, antes de compartirlas con el mundo.

Aunque en este caso el mundo iba a enterarse más pronto de lo que yo pensaba.

CAPÍTULO 4

La niña que volvió a sonreír

Casa familiar — semanas después

El espejo fue conmigo a todas partes.

A la escuela, en el fondo de la mochila, envuelto en mi suéter de repuesto para que no se rayara. Al mercado cuando acompañaba a mi mamá los sábados. Al parque, al consultorio del dentista, a la casa de mi abuela Consuelo que vivía a tres calles y donde a veces me quedaba a dormir. Adonde yo iba, el espejo iba también, igual que algunos niños cargan un peluche o una cobija especial sin la cual el mundo no funciona del todo bien.

Mis compañeras de la escuela pensaron al principio que era un objeto de tocador sofisticado para una niña de primero de primaria. Una de ellas me preguntó si me lo había regalado mi mamá porque quería que me viera más presentable. Le dije que sí, que era para peinarme, y me lo guardé en la mochila sin más explicaciones.

No era mentira. Era simplemente no toda la verdad.

Con el abuelo Mario establecimos una rutina que funcionaba de maravilla. Por las mañanas, mientras me peinaba antes de ir a la escuela, le contaba lo que tenía planeado para ese día. Él me escuchaba y a veces me daba consejos que eran útiles aunque nunca me quedaba muy claro cómo alguien que vivía en un espejo podía saber tanto sobre lo que pasaba en el mundo de los vivos. Por las tardes, cuando llegaba de la escuela, le contaba cómo me había ido. Por las noches, antes de dormir, a veces hablábamos de cosas más importantes y a veces simplemente estábamos en silencio, que es una forma de compañía que también cuenta.

Me enseñó que el silencio compartido con alguien que uno quiere no es incómodo sino todo lo contrario.

La tristeza que me había acompañado desde el accidente se fue levantando despacio, como cuando la niebla de la mañana se disuelve con el sol sin que uno pueda señalar el momento exacto en que desaparece. Un día me di cuenta de que había pasado toda la mañana sin pensar en el hueco, y eso me sorprendió, y luego me sorprendió haberme sorprendido.

El abuelo me explicó que eso era normal y que era bueno.

—Extrañar no tiene que doler todo el tiempo —me dijo una tarde—. Cuando el dolor se va un poco, no significa que el amor se fue también. Significa que tu corazón aprendió a cargar las dos cosas al mismo tiempo.

Eso no lo entendí del todo a los seis años. Lo entendí mejor a los doce, y mejor todavía a los veinte, y creo que cada año que pasa lo entiendo un poco más.

Mis padres notaron el cambio. Era imposible no notarlo porque había sido demasiado abrupto: de la tristeza profunda de las primeras semanas a la normalidad casi completa en un tiempo que no correspondía a ningún proceso de duelo que ellos conocieran. Me observaban a veces con esa mirada de los adultos que están tratando de resolver un problema sin tener todos los datos.

Lo que veían desde afuera era esto: una niña que volvió a reírse, que comía bien, que dormía bien, que iba a la escuela sin drama. Que cargaba un espejo a todas partes y a veces lo sacaba y lo miraba durante unos segundos con una expresión de concentración, como si estuviera leyendo algo muy pequeño escrito en el cristal.

Lo que no podían ver desde afuera era la conversación que ocurría en esos segundos.

También notaron, aunque tardaron más en conectar los puntos, que a veces yo decía cosas que no correspondían a mi edad. No siempre. No de manera que resultara alarmante en cada frase. Pero había momentos en que respondía una pregunta con una madurez que los dejaba callados un instante antes de seguir con la conversación.

Eso era el abuelo, por supuesto. No yo. Cuando no sabía qué responder a algo que me preguntaban, a veces consultaba al espejo discretamente y repetía lo que él me decía. Era un sistema que funcionaba razonablemente bien, aunque con el tiempo me di cuenta de que los adultos son más observadores de lo que uno cree cuando es niño.

Mi mamá fue la primera en preguntar directamente.

Una tarde me encontró en mi cuarto hablando en voz baja con el espejo sobre el buró. No alcanzó a escuchar lo que decía, o eso me dijo después, pero sí vio que estaba hablando, que esperaba un momento en silencio, y que luego respondía a algo que nadie más en la habitación había dicho.

Se quedó en el marco de la puerta sin interrumpirme. Cuando terminé y levanté la vista, estaba ahí, mirándome con esa expresión que yo aprendí a reconocer como la expresión de cuando quiere hablar de algo importante pero todavía está buscando las palabras.

—Pepita —dijo—, ¿tienes un minuto?

—Sí —dije.

Me senté en la cama. Ella se sentó a mi lado. El espejo quedó sobre el buró entre los dos, aunque creo que ninguna de las dos lo veía como un objeto ordinario en ese momento, aunque por razones completamente diferentes.

—¿Con quién hablabas? —preguntó.

Era una pregunta directa. Mi mamá siempre hacía preguntas directas cuando quería una respuesta directa, que era casi siempre.

Consideré mis opciones durante un segundo. Podía decirle que hablaba sola, que era un juego, que me estaba inventando una historia. Todas esas respuestas eran posibles y ninguna era completamente mentira porque los niños de seis años hacen todas esas cosas con total normalidad.

Pero yo nunca fui muy buena para no decir la verdad cuando alguien me miraba directo a los ojos y preguntaba con esa voz.

—Con el abuelo —dije.

Mi mamá no dijo nada durante un momento que me pareció muy largo.

—¿Con el abuelo Mario? —preguntó finalmente, con una voz que intentaba sonar tranquila y no lo lograba del todo.

—Sí —dije—. Vive en el espejo. Bueno, no exactamente vive, pero puede hablar desde ahí. Lleva semanas hablando conmigo. Por eso ya no estoy triste, mamá, porque el abuelo está bien y me dijo que no me preocupara.

Le expliqué todo con la calma y la precisión de quien está compartiendo información que considera relevante y útil. Esperaba que se alegrara. Que sintiera el mismo alivio que yo había sentido aquella primera noche.

Lo que vi en su cara no era exactamente alivio.

Era algo más complicado que eso, algo que yo en ese momento no tenía el vocabulario para nombrar pero que ahora sé que era la mezcla específica de amor y miedo que sienten los padres cuando algo que no entienden le está pasando a su hijo.

—Está bien —dijo, con una voz muy suave—. Gracias por contarme.

Me dio un abrazo largo. Luego se levantó, salió de la habitación, y escuché sus pasos alejarse hacia la cocina donde mi papá estaba leyendo el periódico.

Tomé el espejo.

—Creo que se preocupó —le dije al abuelo.

—Los adultos se preocupan —dijo él—. Es parte de su trabajo. No te apures, Pepita. Todo va a estar bien.

En ese momento lo creí completamente.

Y aunque las semanas siguientes fueron un poco más complicadas de lo que el abuelo prometió, en el fondo tenía razón.

Todo terminó estando bien.

CAPÍTULO 5

"El abuelo volvió"

Habitación de Pepita / cocina familiar

Mi papá se llama Rodrigo y es un hombre muy razonable.

Lo digo como un cumplido, aunque sé que a veces la gente usa esa palabra como si fuera un defecto. Mi papá cree en las cosas que se pueden demostrar, en las explicaciones que tienen lógica, en los problemas que se resuelven con información suficiente y un poco de paciencia. Es contador, lo cual quizás explica algo. Toda su vida profesional consiste en hacer que los números cuadren, y los números siempre cuadran si uno tiene todos los datos correctos.

Lo que yo le había contado a mi mamá esa tarde no cuadraba con ningún dato que él conociera.

Escuché la conversación desde mi cuarto sin querer, o quizás queriendo un poco, que a los seis años la frontera entre escuchar sin querer y escuchar a propósito es bastante borrosa. Mi mamá le contaba lo que yo le había dicho, con voz baja pero no tan baja que no llegara por el pasillo. Mi papá hacía preguntas. Hubo silencios. Hubo el sonido específico de dos adultos tratando de resolver juntos algo que ninguno de los dos sabe cómo resolver.

Al rato vinieron los dos a mi cuarto.

Se sentaron en la cama, uno a cada lado de mí, como cuando éramos los tres y algo importante había que hablar. Mi papá me preguntó cómo estaba. Le dije bien. Me preguntó si podía contarle lo mismo que le había contado a mi mamá. Le dije que sí y lo hice, con la misma calma de antes, explicando que el abuelo Mario hablaba desde el espejo, que llevaba semanas hablando conmigo, que estaba bien y no quería que me preocupara.

Mi papá escuchó todo sin interrumpir. Luego me preguntó si podía ver el espejo. Se lo di. Lo examinó por los dos lados, lo agitó un poco, lo acercó a su oído. No escuchó nada, por supuesto, porque el abuelo no hablaba con cualquiera sino conmigo, aunque en ese momento yo no sabía exactamente por qué funcionaba así.

—¿Y ahora mismo está ahí? —me preguntó mi papá.

—Sí —dije—. Pero creo que está esperando a que ustedes se vayan para hablar. No sé si le da pena.

Mi papá me devolvió el espejo con una expresión que intentaba ser neutral y no lo era del todo. Le dio un beso en la frente a mi mamá, que yo interpreté como un código secreto de adultos que significaba algo así como después hablamos, y me dio las buenas noches.

Esa noche mis papás estuvieron despiertos hasta tarde. Lo supe porque la luz de su cuarto seguía encendida cuando me levanté a tomar agua, y porque en la casa había ese silencio especial de las conversaciones importantes que se tienen en voz muy baja para que los niños no escuchen.

Le pregunté al abuelo si sabía de qué estaban hablando.

Me dijo que probablemente estaban preocupados porque lo que yo les había contado era difícil de entender para los adultos, que no era culpa de

nadie, que las personas grandes a veces necesitan más tiempo para aceptar las cosas que se salen de lo que conocen.

—¿Se van a enojar conmigo? —pregunté.

—No —dijo—. Porque te quieren. Y cuando uno quiere a alguien, el enojo no dura mucho.

Tenía razón en eso también.

Lo que siguió no fue enojo sino preocupación, que es diferente aunque a veces se parezca desde afuera. Mis papás empezaron a observarme con más atención. Me hacían preguntas sobre cómo me sentía, qué soñaba, si tenía miedo de algo. Yo respondía con honestidad, que era bien, nada en particular, no realmente, y ellos anotaban mis respuestas en algún lugar de sus cabezas y seguían preocupados de todas formas.

Lo que más los inquietaba, me enteré después, no era que yo creyera hablar con el abuelo. Los niños tienen imaginaciones poderosas y construyen mundos internos complejos, eso lo sabían. Lo que los inquietaba era la calidad de lo que yo decía. Las frases que no correspondían a una niña de seis años. La serenidad ante preguntas que habrían puesto nerviosa a cualquier adulto.

Una tarde mi mamá me preguntó, de pasada, como si fuera una pregunta sin importancia, si todavía extrañaba al abuelo.

Le dije que no, porque él me había prometido que siempre estaría conmigo, como las estrellas están en el cielo.

Mi mamá se quedó muy quieta.

Yo no entendí por qué en ese momento. Pensé que quizás la había puesto triste recordar al abuelo, y le pregunté si estaba bien. Me dijo que sí, que solo había recordado algo, y cambió el tema.

Lo que yo no sabía, y que ella me contó mucho tiempo después, es que esa frase la había dejado sin palabras no por la tristeza sino por algo completamente distinto. Esa frase específica, con esas palabras exactas en ese orden, era un código que solo existía entre ella y su papá. Una expresión que él le decía desde que ella era pequeña, que nunca había repetido delante de nadie más, que no estaba escrita en ningún lado, que no había forma de que yo hubiera escuchado o leído o deducido.

Era la frase de las estrellas.

Y yo la había dicho como si fuera mía, con la naturalidad de quien repite algo que le han dicho muchas veces.

Esa noche, según me contó después, mi mamá no durmió bien.

Y al día siguiente habló con mi papá de algo que habían estado posponiendo: llevarme con un psicólogo infantil para entender qué estaba pasando realmente.

Yo me enteré de ese plan la tarde siguiente, cuando mi mamá me dijo que íbamos a visitar a un doctor que hablaba con los niños para ayudarlos cuando tenían cosas difíciles en la cabeza.

—¿Un doctor de la mente? —pregunté.

—Algo así —dijo mi mamá.

—¿Creen que estoy loca?

—No —dijo mi mamá, y lo dijo de una manera que yo le creí—. Creemos que estás pasando por algo difícil y queremos que alguien que sabe de estas cosas te ayude a entenderlo mejor.

Esa noche le conté al abuelo.

Me escuchó con paciencia y luego me dijo que no me preocupara, que él iba a acompañarme, que todo iba a salir bien.

—¿Puedes venir conmigo? —pregunté.

—Voy contigo a donde vayas —dijo—. Siempre.

Lo guardé en mi mochila esa noche, junto a mi estuche y mis cuadernos, listo para el día siguiente.

No estaba nerviosa.

Estaba curiosa, que es una manera mucho mejor de llegar a cualquier lugar.

CAPÍTULO 6

El doctor de la mente

Habitación de Pepita / consultorio

La noche antes de la cita, ya en pijama y a punto de dormir, le conté al abuelo todo lo que sabía sobre lo que pasaría al día siguiente, que no era mucho. Mi mamá me había explicado que el doctor solo iba a hacerme preguntas, que no me iba a doler nada, que era parecido a platicar con alguien nuevo.

—¿Y si me pregunta por ti? —le dije al abuelo—. ¿Le digo la verdad?

El abuelo se quedó callado un momento, lo cual era raro en él porque casi siempre tenía una respuesta lista.

—Puedes decir lo que sientas que es correcto decir —dijo finalmente—. Yo voy a estar contigo de todas formas, lo sepa él o no.

—¿Pero qué crees que debería hacer?

—Creo —dijo el abuelo, despacio, como eligiendo cada palabra— que a veces las personas no están listas para escuchar ciertas cosas de la manera en que uno las vive. Eso no significa que esas cosas no sean verdad. Solo significa que hay que tener paciencia con quienes todavía no las entienden.

No entendí del todo lo que me estaba diciendo, pero sentí que era importante, así que lo guardé en algún lugar de mi memoria, como guardaba las piedras bonitas y las plumas de pájaro.

—Voy a estar contigo —repitió el abuelo—. Pase lo que pase.

Me dormí con esa promesa rondando en la cabeza, y a la mañana siguiente desperté con una sensación que no era nervios sino algo parecido a estar lista para un examen para el que sí había estudiado.

El consultorio del psicólogo no se parecía a lo que yo me había imaginado, que era una mezcla entre el consultorio del dentista y la oficina de la directora de mi escuela, dos lugares que no me generaban demasiada confianza.

En cambio era un cuarto luminoso, con alfombra de colores, estantes llenos de juguetes y libros, y dos sillones bajitos frente a una mesa pequeña. El doctor se llamaba Ernesto y tenía barba y lentes y una forma de sentarse en el suelo, con las piernas cruzadas, que a mí me pareció que ningún adulto debería poder hacer con esa naturalidad.

Mis papás se quedaron en la sala de espera. Yo entré sola, con mi mochila al hombro, donde el espejo iba envuelto en mi suéter como siempre.

El doctor Ernesto me preguntó cosas sencillas al principio. Cómo me llamaba, cuántos años tenía, qué me gustaba hacer, cuál era mi materia favorita en la escuela. Le dije que dibujar y que mi materia favorita era ciencias naturales porque la maestra a veces traía animales para que los viéramos de cerca.

Poco a poco las preguntas se fueron acercando a lo que de verdad le interesaba.

—¿Has pasado por algo difícil últimamente? —preguntó.

—Mi abuelo Mario murió —dije, sin rodeos, porque a esa edad uno todavía no aprende a darle vueltas a las cosas antes de decirlas.

—Lo siento mucho —dijo el doctor Ernesto, y sonó como que de verdad lo sentía—. ¿Cómo te sentiste cuando pasó eso?

—Muy triste —dije—. Lloré mucho. Todos en mi casa estaban tristes.

—¿Y ahora? ¿Cómo te sientes ahora?

Saqué el espejo de la mochila, sin pensarlo mucho, y lo sostuve en mi regazo.

—Ahora estoy bien —dije—. Porque el abuelo me explicó que estar triste todo el tiempo no significa querer más a alguien. Significa que el corazón todavía no aprendió a cargar las dos cosas juntas. Y el mío ya aprendió.

El doctor Ernesto se quedó quieto un momento.

—Eso es… una forma muy bonita de decirlo —dijo—. ¿Tú pensaste eso?

Miré el espejo un segundo. El abuelo no dijo nada, pero sentí que esperaba a ver qué le respondía yo.

—Alguien me lo explicó —dije—. Pero ahora también lo pienso yo.

Eso era completamente cierto, y me pareció la mejor manera de responder sin mentir y sin contar más de lo que sentía que debía contar en ese

momento. El abuelo me había dicho que tuviera paciencia con quienes todavía no entendían ciertas cosas, y supuse que esa era una de esas ocasiones.

El doctor Ernesto siguió haciéndome preguntas durante un rato más. Me preguntó si extrañaba al abuelo. Le dije que no, porque él me había prometido que siempre estaría conmigo, como las estrellas están en el cielo. Me preguntó qué significaba eso para mí. Le expliqué que las estrellas se ven en la noche pero que en realidad están ahí todo el tiempo, de día también, solo que el sol es muy brillante y no las deja verse. Que el abuelo era parecido: siempre estaba ahí, aunque a veces fuera más fácil notarlo que otras.

El doctor Ernesto anotó algo en su libreta. No mucho, solo unas palabras, pero lo hizo con una expresión que yo no supe interpretar entonces.

Hacia el final de la sesión me preguntó si tenía miedo de algo.

Pensé la respuesta con cuidado, porque era una pregunta importante.

—Tengo miedo de que mis papás se preocupen demasiado —dije—. Porque están bien las cosas. Yo estoy bien. Pero a veces siento que ellos no me creen, y eso sí me pone un poco triste.

El doctor Ernesto se quedó muy quieto otra vez.

—Gracias por decirme eso, Pepita —dijo, con una voz diferente a la que había usado antes—. Es muy importante lo que acabas de decir.

Al final de la sesión me dio un dibujo para colorear, que era de un león muy amigable, y me dijo que podía esperar afuera con mis papás mientras él hablaba un momento con ellos.

Salí al pasillo, me senté en una de las sillas, y empecé a colorear al león con mis colores, que también traía en la mochila por si acaso.

—¿Cómo crees que te fue? —le pregunté al espejo en voz muy baja, sin que nadie me escuchara.

—Creo que estuvo bien —dijo el abuelo—. Dijiste la verdad de la manera correcta. Eso siempre está bien.

Seguí coloreando al león, que le quedó con la melena de color morado porque ese era el color que tenía más a la mano, y esperé a que mis papás salieran del consultorio.

Tardaron más de lo que yo esperaba.

CAPÍTULO 7

La frase de las estrellas

Consultorio / casa familiar

Adentro del consultorio, mientras yo coloreaba al león con la melena morada, estaba pasando algo que yo no podía ver pero que mi mamá me

contó muchos años después, con tanto detalle que casi siento que estuve ahí.

El doctor Ernesto les pidió a mis papás que se sentaran. Tenía su libreta abierta sobre las piernas, con las pocas palabras que había anotado durante mi sesión. Les dijo, con cuidado, que quería compartirles algo que le había llamado mucho la atención.

—Su hija tiene seis años —dijo—. Pero algunas de las cosas que dice no corresponden a esa edad. No me refiero al vocabulario, que los niños a veces sorprenden con las palabras que usan. Me refiero a la estructura del pensamiento. A la forma en que organiza las ideas sobre algo tan complejo como la pérdida.

Mi papá preguntó qué quería decir exactamente.

El doctor Ernesto les explicó que normalmente, cuando trabajaba con niños que habían perdido a alguien cercano, encontraba ideas mucho más simples y mucho más concretas. Los niños pequeños suelen pensar en la muerte de manera literal: la persona se fue, está en una caja, está bajo tierra, está en el cielo entendido como un lugar físico con nubes y puertas. Son ideas que, aunque puedan sonar extrañas para un adulto, son completamente normales para esa edad.

Lo que yo le había dicho era diferente. Era una idea sobre la presencia y la ausencia, sobre cómo el amor puede convivir con el dolor sin que uno cancele al otro, expresada con una claridad que él rara vez encontraba incluso en adultos.

—Y luego está la frase —dijo el doctor Ernesto.

Repitió, lo más exacto que pudo recordarla, lo que yo había dicho: que ya no extrañaba al abuelo porque él le había prometido que siempre estaría con ella, como las estrellas están en el cielo.

Mi mamá, según me contó, sintió que el aire del consultorio cambiaba. No de una manera que pudiera explicar con palabras normales. Simplemente sintió que algo se movía dentro de ella, algo que llevaba mucho tiempo guardado y que de repente alguien había tocado sin saberlo.

—¿Pasa algo? —preguntó el doctor Ernesto, que notó su expresión.

Mi mamá tardó un momento en responder.

—Esa frase —dijo finalmente, con la voz un poco temblorosa— no es de Pepita.

El doctor Ernesto la miró sin entender.

—Es de mi papá —continuó mi mamá—. De Mario. Me la decía a mí, cuando yo era niña. Las mismas palabras, exactamente. Nunca se la dije a Pepita. Nunca se la dije a nadie. Era algo entre mi papá y yo, desde que yo tenía su edad.

El consultorio se quedó en silencio.

El doctor Ernesto, mi mamá me contó después, no supo qué decir durante varios segundos. No porque no creyera lo que mi mamá le estaba diciendo, sino porque lo que le estaba diciendo no encajaba en ninguna de las explicaciones que él tenía disponibles. Una niña de seis años podía desarrollar ideas complejas sobre el duelo si había escuchado a los adultos hablar de esa manera, eso era posible. Pero una frase exacta, palabra por palabra, que nadie le había dicho jamás, que existía solo en la memoria de su madre desde que ella era niña.

Eso no tenía una explicación fácil.

—No sé qué decirles sobre eso —dijo finalmente el doctor Ernesto, con honestidad—. Lo que puedo decirles es que su hija está procesando esta pérdida de una manera saludable, con herramientas emocionales que, vengan de donde vengan, le están funcionando. No veo ninguna señal de algo preocupante en el sentido que ustedes temían. Al contrario.

—Pero la frase —insistió mi mamá.

—La frase —dijo el doctor Ernesto, despacio— es algo que no puedo explicarles desde mi consultorio. Yo trabajo con lo que pasa en la mente de los niños. No con lo que pasa más allá de eso.

Fue una respuesta honesta, aunque no fuera la respuesta que mi mamá necesitaba.

Salieron del consultorio. Yo los esperaba en el pasillo con mi dibujo del león terminado, orgullosa de la melena morada, y se los mostré de inmediato porque a esa edad uno no espera mucho para compartir las cosas que está orgulloso de haber hecho.

Mi mamá lo miró, sonrió, me dijo que estaba muy bonito, y me dio un abrazo más largo de lo normal.

En el coche de regreso a casa, nadie habló mucho. Yo iba en el asiento de atrás, mirando por la ventana, con el espejo en mi mochila y el dibujo del león en las manos.

Esa noche, después de la cena, mi mamá entró a mi cuarto cuando ya me estaba preparando para dormir.

—Pepita —dijo, sentándose en el borde de mi cama—, ¿puedo preguntarte algo más sobre el abuelo?

—Claro —dije.

—Esa frase que dijiste hoy, sobre las estrellas. ¿Dónde la escuchaste?

—Me la dijo el abuelo —dije—. Varias veces, en la casa de campo, cuando mirábamos las estrellas en el patio.

Mi mamá asintió despacio, como quien escucha una respuesta que ya esperaba pero que de todas formas necesita confirmar.

—¿Y él te la dice todavía? ¿A través del espejo?

—Sí —dije—. Es como su frase favorita, creo.

Mi mamá se quedó mirando el espejo, que estaba sobre el buró donde siempre estaba.

—Pepita —dijo, con una voz muy suave—, esa frase también era la frase favorita de mi papá conmigo. Cuando yo era niña, antes de que tú nacieras, él me la decía a mí.

Eso me sorprendió, pero no de la manera que sorprendió a mi mamá. A mí me pareció bonito, casi obvio.

—Entonces es una frase de familia —dije—. Como esas que se pasan de generación en generación.

Mi mamá se rio, aunque tenía los ojos un poco brillantes, y me dio un beso en la frente.

—Sí —dijo—. Como esas.

Se quedó conmigo hasta que me dormí, algo que no hacía siempre, y antes de salir se quedó un momento mirando el espejo sobre el buró con una expresión que yo, desde la cama y medio dormida, no alcancé a ver completa.

Pero sentí que algo había cambiado esa noche.

Y tenía razón.

CAPÍTULO 8

El bazar de Guanajuato

Centro de Guanajuato

Lo que pasó en los días siguientes lo viví un poco desde lejos, como cuando uno está en una habitación contigua y escucha que algo importante está pasando pero solo le llegan fragmentos.

Mi mamá empezó a hacer preguntas. No a mí, al principio, sino a sí misma, y luego a mi papá, y luego a personas que yo no conocía. Algo se había encendido en ella esa noche que me preguntó por la frase de las estrellas, y ese algo no se apagó.

Una tarde, después de la escuela, me dijo que íbamos a dar un paseo al centro. Eso no era inusual, lo hacíamos seguido, pero algo en su manera de decirlo me hizo pensar que este paseo tenía un propósito específico que no me estaba contando del todo.

Caminamos por las calles empedradas del centro de Guanajuato, esas que suben y bajan sin avisar y que tienen ese olor a piedra vieja y a comida callejera y a flores que venden en las esquinas. Llegamos a una zona de bazares, esos lugares llenos de objetos antiguos donde uno puede encontrar desde muebles enormes hasta cajitas diminutas, todos con historias que nadie conoce del todo.

Mi mamá entró a uno en particular, caminando con esa decisión de quien ya sabe exactamente a dónde va aunque nunca lo haya dicho en voz alta.

Adentro olía a madera vieja y a polvo y a algo metálico que no supe identificar. Había repisas llenas de objetos: relojes que ya no funcionaban, marcos de fotos vacíos, figuras de porcelana, espejos de todos los tamaños.

Un señor mayor, con lentes pequeños y un suéter de lana a pesar de que afuera no hacía tanto frío, salió de entre las repisas al escuchar la campanita de la puerta.

—Buenas tardes —dijo—. ¿En qué les puedo ayudar?

Mi mamá sacó el espejo de su bolsa. Yo no sabía que lo había llevado consigo. Se lo mostró al señor.

—Hace unos meses compré este espejo aquí —dijo—. ¿Recuerda algo sobre él? ¿De dónde vino, a quién perteneció?

El señor tomó el espejo con cuidado, lo examinó, le dio vuelta para ver el reverso, y se puso los lentes sobre la frente para verlo más de cerca.

—Sí —dijo después de un momento—. Lo recuerdo. No es un espejo cualquiera, este. Tiene su historia.

—¿Qué historia? —preguntó mi mamá.

El señor se sentó en un banquito detrás del mostrador, todavía sosteniendo el espejo, y nos miró a las dos con la expresión de alguien que está a punto de contar algo que ha contado pocas veces.

—Este espejo perteneció a la señora Dorotea —dijo—. ¿Le suena el nombre?

Mi mamá negó con la cabeza.

—La señora Dorotea fue, durante muchos años, la persona a la que la gente de por aquí acudía cuando tenía algo que no podía resolver de otra manera —dijo el señor—. Algunos le decían adivina. Otros, médium. Ella nunca usó ninguna de esas dos palabras para sí misma. Decía que solo escuchaba lo que otros no podían escuchar.

—¿Y este espejo era suyo? —preguntó mi mamá.

—Era su espejo de mano —dijo el señor—. Lo usaba en sus consultas. La gente decía que cuando lo sostenía y se quedaba en silencio, a veces podía ver o escuchar cosas sobre las personas que la consultaban. Cosas que no tenía forma de saber de otra manera.

Mi mamá se quedó muy callada.

—¿Y cómo llegó a sus manos? —preguntó.

—La señora Dorotea murió hace varios años —dijo el señor—. No tenía familia cercana que se quedara con sus cosas, así que terminaron en bazares como este. Yo compré varias piezas de su casa cuando se vendieron. La mayoría las he ido vendiendo poco a poco. El espejo se quedó en el fondo de una caja durante mucho tiempo, hasta que un día lo saqué para acomodar la repisa, y ahí fue cuando usted lo vio.

—¿Sabe algo más sobre ella? —preguntó mi mamá—. ¿Sobre la señora Dorotea? ¿Vive todavía alguien que la haya conocido bien?

El señor pensó un momento.

—Doña Carmela —dijo—. Vivía cerca de la casa de la señora Dorotea, eran amigas desde hace muchísimos años. Todavía vive, por aquí, a unas cuadras. Si quiere, le puedo decir más o menos dónde encontrarla.

Mi mamá le dio las gracias, le pagó algo al señor que yo no vi bien qué era, aunque después entendí que era una propina por la información, y salimos del bazar con el espejo de regreso en su bolsa.

Caminamos por varias calles más, siguiendo las indicaciones del señor del bazar, hasta llegar a una casa pequeña con macetas de geranios en las ventanas. Mi mamá tocó la puerta.

Una señora muy mayor, con el pelo blanco recogido en un chongo y unos lentes gruesos que le hacían los ojos más grandes de lo normal, abrió la puerta.

—¿Doña Carmela? —preguntó mi mamá.

—Sí, soy yo —dijo la señora—. ¿En qué puedo servirle?

Mi mamá explicó, con cuidado, que estaba buscando información sobre la señora Dorotea, que le habían dicho en el bazar que doña Carmela la había conocido bien.

La expresión de doña Carmela cambió al escuchar ese nombre. No de mala manera, sino con esa mezcla de nostalgia y respeto que tienen las personas cuando alguien menciona a alguien que querían y que ya no está.

—Dorotea —repitió, casi para sí misma—. Hace mucho que nadie pregunta por ella. Pasen, pasen. Les voy a hacer un té y les cuento lo que sé.

Entramos a la casa de doña Carmela, que olía a hierbas secas y a libros viejos, y nos sentamos en una mesa pequeña de madera mientras ella ponía agua a calentar.

Yo no sabía exactamente qué estábamos buscando. Pero tenía la sensación, de esas sensaciones que uno tiene a veces sin poder explicarlas, de que estábamos cerca de entender algo importante.

Saqué el espejo de la bolsa de mi mamá, sin que ella se diera cuenta, y lo sostuve un momento.

—¿Tú sabías de esto? —le pregunté al abuelo, en voz muy baja.

El abuelo no respondió.

Era la primera vez que no me respondía cuando le preguntaba algo.

Y eso, más que cualquier otra cosa hasta ese momento, me hizo sentir que algo importante estaba a punto de pasar.

CAPÍTULO 9

El puente de los que se extrañan

Casa de doña Carmela / casa familiar

Doña Carmela puso tres tazas sobre la mesa, una para mi mamá, una para ella, y una con un poco de agua de manzanilla para mí, "porque a los niños también les gusta sentirse parte de la conversación", dijo, y a mí me cayó bien de inmediato por esa razón.

Se sentó, sopló su té un par de veces, y empezó a hablar.

—Dorotea y yo fuimos amigas desde que éramos jóvenes —dijo—. Más de cincuenta años de amistad, imagínense. La conocí antes de que la gente empezara a buscarla por lo que después se hizo conocida.

—¿Y por qué se hizo conocida? —preguntó mi mamá.

—Porque escuchaba cosas —dijo doña Carmela—. Así lo decía ella, siempre con esas palabras exactas: "yo solo escucho cosas que otros no pueden escuchar". Nunca le gustó que le dijeran adivina ni bruja ni nada de eso. Decía que ella no adivinaba nada, que simplemente prestaba atención de una manera diferente.

—¿Y la gente le creía?

—La gente le creía porque tenía razones para creerle —dijo doña Carmela, con una sonrisa pequeña—. Yo misma, hace muchos años, perdí a mi esposo de manera muy repentina. Un infarto, nada más, sin avisar. Y durante meses no podía dormir, no podía dejar de pensar en todo lo que no alcancé a decirle. Dorotea me invitó a su casa una tarde, me sentó frente a ella, sacó este mismo espejo que ustedes tienen ahora, y me dijo que me quedara callada un momento.

Mi mamá y yo nos quedamos muy quietas.

—¿Y qué pasó? —preguntó mi mamá, con la voz un poco apretada.

—Escuché su voz —dijo doña Carmela—. La voz de mi esposo. Solo unos segundos. Me dijo que estaba bien, que no me culpara por nada, y que me quería mucho. Eso fue todo. Pero fue suficiente. Después de eso pude dormir otra vez.

Mi mamá apretó la taza entre sus manos.

—¿Y el espejo siempre fue así? —preguntó—. ¿Siempre pudo hacer eso?

—No siempre —dijo doña Carmela—. Dorotea me explicó una vez cómo funcionaba, aunque le costaba ponerlo en palabras porque, según ella, era algo que se sentía más de lo que se explicaba. Decía que el espejo era como un puente. Pero un puente no se cruza solo porque está ahí. Hace falta algo de los dos lados para que se active.

—¿Qué hace falta? —pregunté yo, sin poder quedarme callada más tiempo.

Doña Carmela me miró con una sonrisa amable.

—Amor, mi niña —dijo—. Eso hace falta. Un cariño muy grande de este lado, y alguien del otro lado que todavía tenga algo que decir. Cuando esas dos cosas coinciden, el puente se abre. Cuando no, el espejo es solo un espejo.

—¿Y por qué se cierra? —preguntó mi mamá—. ¿Es para siempre, una vez que se abre?

Doña Carmela negó con la cabeza despacio.

—Dorotea decía que el puente nunca está pensado para quedarse abierto para siempre —dijo—. Decía que su función es ayudar a decir lo que falta decir. Y que una vez que eso se dice, una vez que las dos partes pueden empezar a soltar lo que las mantenía atadas con tanta fuerza, el puente hace su trabajo y empieza a cerrarse, despacio, para que nadie se quede atrapado del lado equivocado.

—¿Atrapado cómo? —pregunté.

Doña Carmela me miró con una expresión más seria que las anteriores, aunque seguía siendo amable.

—A veces —dijo— las personas que se quedan, las que extrañan, usan el puente para no aceptar que la otra persona ya no está de la misma manera que antes. Se quedan ahí, del lado de acá, hablando con quien se fue, sin avanzar, sin aprender a vivir con el espacio que esa persona dejó. Y eso, aunque parezca un consuelo, con el tiempo se convierte en otra cosa. En una manera de quedarse parado en el mismo lugar para siempre.

—¿Y eso le pasó a alguien? —preguntó mi mamá, con cuidado.

—A veces —dijo doña Carmela—. Por eso Dorotea decía que el espejo, cuando hacía su trabajo bien, sabía cuándo cerrarse. No de golpe, sino poco a poco, dándole tiempo a quien se queda para soltar despacio, sin que duela más de lo necesario.

Nos quedamos las tres en silencio un momento, con el vapor de las tazas subiendo entre nosotras.

—Una cosa más —dijo doña Carmela, mirándome a mí ahora—. Dorotea siempre decía que el espejo elige. No cualquier persona puede escuchar a través de él, ni cualquier momento es el correcto. El espejo escucha el corazón de quien lo tiene, y solo se abre si encuentra ahí algo que valga la pena escuchar del otro lado.

Eso me hizo sentir algo cálido por dentro, aunque no supe explicarlo en ese momento.

Caminamos de regreso a casa con el atardecer pintando de naranja las calles empedradas del centro. Mi mamá iba muy callada, con la bolsa donde llevaba el espejo apretada contra su cuerpo, como si tuviera miedo de que se le fuera a caer.

Esa noche, después de cenar, mi mamá me pidió que la acompañara a mi cuarto. Se sentó en mi cama, tomó el espejo con sus propias manos, lo sostuvo frente a ella, y se quedó en silencio un momento, mirándolo.

—Papá —dijo, en voz baja, casi en un susurro—. ¿Realmente estás ahí?

Esperó.

No pasó nada.

El espejo se quedó en silencio, como cualquier espejo normal, reflejando la luz de la lámpara de mi cuarto y nada más.

Mi mamá lo intentó otra vez, con la misma voz baja, las mismas palabras. Y otra vez, nada.

La vi bajar el espejo despacio, con una expresión que no supe descifrar del todo, una mezcla de tristeza y de algo más que tardé años en entender.

—Pregúntale tú —le dije—. A lo mejor conmigo sí responde.

Mi mamá me miró.

—¿Estás segura?

—Sí —dije—. Siempre me responde a mí.

Mi mamá me dio el espejo. Lo sostuve, y le pregunté al abuelo, en voz alta esta vez, para que mi mamá pudiera escucharlo también:

—Abuelo, ¿cómo es que puedes hablar conmigo?

Y esta vez, después de un silencio que me pareció eterno, escuché su voz otra vez.

—Pepita —dijo—, hay algo importante que tengo que explicarles a las dos.

CAPÍTULO 10

La promesa de Mario

Habitación de Pepita

Mi mamá se sentó en la cama, muy cerca de mí, y las dos miramos el espejo esperando lo que el abuelo tenía que decirnos.

—Amada —dijo el abuelo, y escuchar mi mamá su propio nombre dicho con esa voz hizo que se le escapara un sonido pequeño, como un suspiro que llevaba mucho tiempo guardado—. Hola, hija.

—Papá —dijo mi mamá, y ya no pudo decir nada más por un momento.

—Sé que tienes muchas preguntas —dijo el abuelo—. Y voy a tratar de responder las que pueda. Pero primero quiero decirte algo que es más importante que cualquier explicación.

—Dime —dijo mi mamá, todavía con la voz quebrada.

—Te quiero —dijo el abuelo—. Te quise toda mi vida y te sigo queriendo ahora. Y lamento mucho que las cosas terminaran de la manera en que terminaron, tan de repente, sin que pudiéramos despedirnos como uno quisiera despedirse.

Mi mamá ya estaba llorando, pero no del modo en que había llorado las semanas después del accidente. Era un llanto distinto, más suave, como cuando uno por fin suelta algo que llevaba apretado con fuerza.

—Yo también te quiero, papá —dijo—. Te he extrañado tanto.

—Lo sé —dijo el abuelo—. Y por eso estoy aquí. Porque tu cariño, y el de Pepita, fueron tan grandes que abrieron algo que normalmente no se abre. Doña Carmela tenía razón en lo que les explicó hoy. Este espejo es un puente. Y ustedes dos, sin saberlo, lo encendieron.

—¿Por qué Pepita? —preguntó mi mamá—. ¿Por qué a ella primero?

—Porque Pepita estaba más cerca de mí cuando pasó —dijo el abuelo, con suavidad—. Y porque los niños, a veces, tienen el corazón más abierto, sin tantas ideas que les digan lo que es posible y lo que no. Eso hace más fácil que el puente se abra para ellos. Pero el puente siempre fue para las dos. Para toda la familia, en realidad.

Hubo un momento de silencio. Yo escuchaba todo sin decir nada, sintiendo que estaba en medio de algo muy grande, más grande que yo, pero que de alguna manera también me pertenecía.

—Tengo que decirles algo más —dijo el abuelo, y su voz cambió un poco, se volvió más despacio, como cuando alguien está a punto de decir algo difícil pero necesario—. Este puente no va a estar abierto para siempre.

—¿Por qué no? —pregunté yo, y sentí que la pregunta me salió de un lugar muy hondo.

—Porque no está hecho para eso, Pepita —dijo el abuelo—. Doña Carmela también tiene razón en esto. El puente sirve para decir lo que falta decir. Para que el amor que se quedó sin terminar de expresarse, encuentre su camino. Pero si se queda abierto para siempre, en lugar de ayudar, empieza a estorbar.

—¿Estorbar cómo? —pregunté.

—Imagínate —dijo el abuelo— que cada vez que algo te preocupa, en lugar de aprender a resolverlo tú misma, vinieras corriendo a preguntarme a mí. Y que cada vez que extrañaras algo de mí, en lugar de guardar ese cariño en tu memoria y dejar que te acompañe de otra manera, simplemente sacaras el espejo y ahí estuviera yo, como si nada hubiera cambiado.

—¿Eso estaría mal? —pregunté, aunque ya empezaba a entender la respuesta.

—No estaría mal exactamente —dijo el abuelo—. Pero tampoco te dejaría crecer de la manera en que tienes que crecer. Una parte muy importante de la vida, Pepita, es aprender a cargar el amor por las personas que ya no están de la misma forma, no porque el amor se acabe, sino porque tiene que transformarse en algo que tú puedas llevar contigo siempre, sin necesitar un espejo para eso.

Mi mamá tomó mi mano. Las dos seguíamos mirando el espejo, escuchando.

—¿Cuánto tiempo nos queda? —preguntó mi mamá.

—No mucho —dijo el abuelo—. Pero suficiente. Suficiente para que terminemos de decir lo que hay que decir. Y para que yo les explique algo más, algo importante para el futuro.

—¿Qué cosa? —preguntamos las dos casi al mismo tiempo.

—Este espejo no pierde su magia cuando yo me vaya —dijo el abuelo—. La magia sigue ahí, dormida, esperando. Algún día, Pepita, cuando seas mayor, vas a tener tus propios hijos. Y algún día, alguno de ellos va a pasar por algo difícil, algo que necesite un puente como este. Cuando eso pase, vas a saberlo. Lo vas a sentir, de la misma manera en que sentiste mi voz aquella primera noche.

—¿Y entonces qué hago? —pregunté.

—Entonces decides —dijo el abuelo—. Tú vas a decidir si es momento de sacar el espejo del cajón otra vez, y a quién dárselo. El puente no se abre solo. Necesita que alguien, con el corazón listo, decida abrirlo. Y esa decisión, Pepita, va a ser tuya cuando llegue el momento.

Sentí que algo se acomodaba dentro de mí al escuchar eso. No entendía todo completamente, pero entendía lo más importante: que esto no era un final triste sin más, sino algo que continuaba de otra manera, como una historia que se pasa de una persona a otra.

Las semanas siguientes fueron diferentes a todo lo que había vivido hasta entonces.

El abuelo siguió hablando con nosotras, pero las conversaciones cambiaron. Ya no eran sobre el día a día, sobre lo que yo iba a desayunar o cómo estaba el clima. Eran conversaciones sobre las cosas importantes: sobre lo que mi mamá necesitaba decirle y nunca había dicho, sobre los recuerdos que ella tenía de su infancia con él, sobre todo lo que había quedado guardado durante años sin que nadie lo dijera en voz alta.

Yo escuchaba muchas de esas conversaciones, sentada junto a mi mamá, sintiendo que estaba siendo parte de algo precioso: la despedida que mi mamá nunca había podido tener, ocurriendo por fin, despacio, con todo el tiempo y todo el cariño que merecía.

Y poco a poco, la voz del abuelo empezó a sonar un poco más lejana. No de manera brusca. Era como cuando alguien se aleja caminando y su voz se va perdiendo poco a poco, sin que uno pueda señalar el momento exacto en que deja de escucharse.

La última vez que hablé con él fue una noche, ya tarde, cuando mi mamá se había quedado dormida sentada junto a mí después de una de esas conversaciones largas.

—Pepita —dijo el abuelo, en voz muy baja—. ¿Recuerdas la frase?

—Siempre estaré contigo, como las estrellas están en el cielo —dije.

—Esa —dijo el abuelo—. Quiero que la recuerdes siempre. No porque vaya a estar en este espejo para siempre. Sino porque es verdad de otra manera,

una manera que vas a entender mejor con el tiempo. El amor no se va a ningún lado, Pepita. Solo cambia de forma.

—Te voy a extrañar —dije, y por primera vez en mucho tiempo sentí que las lágrimas me llegaban a los ojos.

—Lo sé —dijo el abuelo—. Y está bien extrañar. Extrañar es solo amor que no sabe muy bien dónde ponerse por un tiempo. Con el tiempo va a encontrar su lugar.

—¿Vas a estar bien? —pregunté.

—Voy a estar muy bien —dijo el abuelo, y sentí, aunque no podía verlo, que sonreía—. Y tú también vas a estar muy bien, Pepita. De eso estoy seguro.

—Te quiero, abuelo.

—Y yo a ti, mi niña. Más de lo que las palabras pueden decir.

Y entonces, despacio, sin ningún sonido especial, sin ninguna luz extraña ni nada de lo que uno podría imaginar para un momento así, la voz se quedó en silencio.

No volví a escucharla después de esa noche.

Pero no me sentí sola. Eso es algo que también necesito que entiendan: no me sentí sola. Sentí, en cambio, algo parecido a cuando uno termina un libro hermoso y lo cierra con cuidado, sabiendo que la historia ya vivió en uno de la manera en que tenía que vivir.

Guardé el espejo esa misma semana, envuelto en un pañuelo bordado que mi abuela Consuelo me regaló, en el cajón de mi buró.

Y ahí se quedó, durante todos estos años, esperando.

Hasta hace unos días.

EPÍLOGO

El espejo continúa

Casa familiar — tiempo presente

Y eso es lo que pasó.

Los dos se quedaron callados un rato después de que terminé de contarles todo. Tu hermano, el más chiquito, tenía los ojos muy abiertos y miraba el espejo que yo había puesto sobre la mesa entre nosotros, ahora sin el pañuelo, brillando un poco con la luz de la lámpara.

—¿Sigue funcionando? —preguntó, en voz baja.

—No lo sé —le dije—. Nunca volví a escuchar nada después de esa noche. Lo guardé, como les dije, y ahí se quedó.

—¿Y por qué lo sacaste ahora? —preguntó tu hermana mayor, que siempre hace las preguntas más directas, igual que hacía mi mamá cuando yo era niña.

Los miré a los dos. Llevaba días pensando en cómo responder esa pregunta, y ahora que la tenía enfrente, la respuesta me pareció más sencilla de lo que esperaba.

—Porque hace unos días —le dije a tu hermano— te escuché hablando solo en tu cuarto. Y cuando entré, vi que sonreías de una manera que no te había visto sonreír desde que pasó lo que pasó con tu abuelo. Y reconocí esa sonrisa, porque yo la tuve también, hace mucho tiempo, cuando tenía tu edad.

Tu hermano se puso un poco rojo, como cuando alguien descubre algo que uno pensaba que era secreto.

—A veces siento que el abuelo está cerca —dijo, muy bajito—. No sé cómo explicarlo. Pero a veces siento que me dice cosas. Que todo va a estar bien.

No le pregunté más detalles. No hacía falta. Reconocí esa sensación perfectamente, porque yo la viví exactamente igual hace muchos años.

—Esto es tuyo entonces —le dije, y empujé el espejo despacio sobre la mesa hacia él.

Tu hermano lo miró, sorprendido.

—¿Mío?

—Tuyo —dije—. El abuelo Mario, el de esta historia, me dijo una vez que algún día yo iba a saber a quién dárselo. Y lo supe la noche que te escuché hablando solo en tu cuarto.

Tu hermano tomó el espejo con las dos manos, con mucho cuidado, como si fuera algo frágil aunque en realidad esté hecho de plata bastante resistente. Lo miró durante un rato largo, en silencio.

—¿Y si no escucho nada? —preguntó, finalmente.

—Entonces no escuchas nada —le dije—. Y eso también está bien. El espejo elige, y no siempre tiene que elegir. A veces el cariño que uno siente por alguien que ya no está encuentra su camino de otras maneras, sin necesitar espejos ni puentes ni nada especial. Y esas otras maneras también son hermosas.

Tu hermana, que había estado escuchando todo con mucha atención, me preguntó algo que yo no esperaba.

—¿Y tú, mamá? ¿Todavía piensas en el abuelo Mario? ¿En tu abuelo, digo?

Sonreí.

—Todos los días —dije—. Pero no de la manera en que lo extrañaba antes de esa noche en el espejo. Ahora pienso en él de otra manera. Pienso en las estrellas, por ejemplo. Cuando salgo de noche y veo el cielo lleno de estrellas, siempre pienso en él un momento. Y no me da tristeza. Me da algo parecido a estar acompañada.

—¿Por eso nos enseñaste los nombres de las constelaciones? —preguntó tu hermano.

—Por eso —dije—. Y por muchas otras cosas también. Pero sí, en parte por eso.

Nos quedamos un rato más en la mesa, los tres, sin decir mucho. Tu hermano seguía con el espejo en las manos, mirándolo de vez en cuando, sin que pasara nada especial, pero con una expresión tranquila, como quien guarda algo importante sin necesitar que haga nada para que sea importante.

Antes de irnos a dormir, les dije una última cosa, la misma que quiero decirles ahora a ustedes que están leyendo esto, sea quien sea que algún día llegue a leerlo.

El espejo no es lo importante. Nunca lo fue, en realidad.

Lo importante es lo que el espejo representa: que el amor que sentimos por las personas que ya no están con nosotros no desaparece cuando ellas se van. Se transforma. Encuentra otras formas de quedarse: en una frase que se repite de generación en generación, en los nombres de las estrellas que alguien nos enseñó una tarde de verano, en la manera en que cuidamos a quienes vienen después, intentando darles un poco de lo que a nosotros nos dieron.

A veces ese amor encuentra caminos extraños para hacerse sentir, como un espejo de plata comprado por casualidad en un bazar de Guanajuato. Y a veces no necesita ningún camino especial, porque ya está ahí, en cómo recordamos, en cómo queremos, en las pequeñas cosas que hacemos sin darnos cuenta porque alguien nos las enseñó hace mucho tiempo.

El abuelo Mario me dijo una vez que el amor no se va a ningún lado. Solo cambia de forma.

Han pasado muchos años desde aquella noche en que escuché su voz por primera vez. Y puedo decirles, con el corazón tranquilo, que tenía toda la razón.

El espejo está ahora en el cuarto de tu hermano, guardado en un cajón, esperando, igual que esperó tantos años en el mío.

Quizás vuelva a hablar algún día. Quizás no.

De cualquier manera, va a estar bien.

Porque el amor, como las estrellas, sigue ahí, brillando, mucho después de que su luz comenzó su viaje hacia nosotros.

Y eso, mis queridos hijos, es todo lo que tenía que contarles.

Ahora a dormir. Mañana hay escuela.